

ESCALADA Y COMEDIA EN INDOCHINA



Artillería sudvietnamita, «made in USA», preparada para batir, desde la frontera laosiana, la Ruta Ho Chi Minh.

EL noticiario de la guerra de Indochina toma cada día características más alarmantes. La sucesión de acontecimientos, declaraciones y advertencias tiende a tomar las apariencias de un conflicto mundial. La operación de Laos no parece solamente un fracaso, sino una catástrofe. A pesar del terrible apoyo de la aviación de los Estados Unidos, las tropas de invasión sudvietnamita están sufriendo unas pérdidas muy graves, y los mismos aviones de los Estados Unidos están siendo derribados con más facilidad que nunca. Si se confirma esta situación militar, si no se puede invertir, el dato político indica que la «vietnamización» del conflicto, que forma la base de la doctrina de Nixon, es imposible y que lejos de abandonar la península los soldados del cuerpo expedicionario tendrán que ser reforzados. Tendrían los Estados Unidos que volcarse en la batalla. Tendrían que dar un paso más en la escalada y ese paso sería ya decisivo, irreversible: se habla en Washington de una declaración oficial de guerra —como se sabe, hasta ahora la intervención de los Estados Unidos está considerada legalmente sólo como una operación de apoyo a un gobierno amigo— y por lo tanto de una entrada directa de los Estados Unidos en la península Indochina: el territorio de Vietnam del Norte —contra el cual, lógicamente, iría dirigida la declaración de guerra— no sería respetado y se iniciaría su invasión.

LA respuesta de China a esta acción se ha dado ya. Pekín advirtió ya en el momento del ataque contra Laos que ayudaría a ese país y a Vietnam del Norte, y lo repite ahora. La posición china no es tanto de solidaridad revolucionaria o ideológica con los países en guerra, sino de seguridad propia. Pekín no ha dudado jamás de que las operaciones en Indochina de los Estados Unidos tengan como objetivo la propia China formando parte de un contexto mucho más amplio: Corea del Sur, las bases en islas japonesas, la fortaleza de Formosa y, en una lejanía geográfica pero en realidad a minutos de distancia, los cohetes intercontinentales que desde el territorio de los Estados Unidos apuntan directamente al territorio chino. En el pensamiento político militar de Pekín parece que hay una idea clara: no permitir jamás que los soldados de los Estados Unidos lleguen a sus fronteras. Su intervención directa en Corea fue decidida

para evitarlo, y consiguió mantener el estado-tampón de Corea del Norte. En el Sur, ese papel lo representan Laos y Vietnam del Norte. Aun en el momento más intenso de los bombardeos americanos sobre Vietnam del Norte se procuró siempre que estas incursiones quedaran a una distancia prudente de China, para evitar su reacción. No podría parecer ahora demasiado extraño que soldados chinos tomaran parte en la contienda desde Laos o Vietnam del Norte.

¿CUAL podría ser la posición de la Unión Soviética ante una extensión tan grave del conflicto? La astucia simple indica que la URSS debería ver con fruición desde una cierta neutralidad, desde una posible inmunidad, el destrozo mutuo de sus dos adversarios. Pero la astucia pocas veces es simple, y muchas compleja. Hay algunos indicios de que la URSS tiende a hacer notar su importancia en el Sudeste asiático. Algunos rumores dicen que el ya inmediato Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética va a significar una reaparición espectacular del estalinismo —o, si se quiere, del neostalinismo—, y que la invitación a China para que asista al Congreso rebasa lo puramente protocolario: que se trata de volver a la amistad perdida y a la «solidaridad internacional revolucionaria». Parece que en Moscú se estima, sobre todo tras la invasión de Camboya y Laos, que los Estados Unidos han perdido ya la guerra de Vietnam, y que la «vietnamización» es un puro mito sin realidad posible. En ese caso, la URSS, con sus enormes intereses asiáticos, no podría dejar que la decisión final estuviera en manos de China. Tendería, por consiguiente, a una intervención medida, calculada —a una forma propia de la escalada—, en el momento que le pareciese decisivo, y ese momento podría ser el de la intervención china.

ESTE es el panorama que tratan de dibujar las informaciones emitidas por cada uno de los países del conflicto. Esta idea de lo que «puede» suceder no quiere decir, naturalmente, que «vaya» a suceder. Parece que estamos en el «peldaño uno» de la escalada, tal como lo describe su inventor, Herman Kahn, con el título de «Crisis ostensible». «Durante esa etapa —dice— se utiliza un lenguaje de crisis, pero se hace con un cierto lenguaje de fingimiento. Uno de los bandos, o ambos, aseguran más o menos abierta y explícitamente, pero con tonos absolutamente creíbles que, a menos de que la disputa se resuelva prontamente, se subirán más peldaños de la escalera». Con esta clave, los últimos signos emitidos por Washington —el más ostensible es el mensaje de Nixon sobre el «estado del mundo» el 25 de febrero— son bastante legibles. Nixon ha tomado una posición dura sobre Vietnam, no ha mencionado esta vez la posible retirada de las tropas de su país, ha justificado la invasión de Laos y Camboya —por la retorsión semántica de acusar a Vietnam del Norte de la extensión de la guerra— y ha relacionado todo ello con la supervivencia de los Estados Unidos: «Estamos en un momento crucial de la Historia. Lo que realice o no América determinará la posibilidad de una generación de paz y de libertad. Por eso es tan importante la forma en que terminemos el conflicto vietnamita». Simultáneamente al mensaje se dejan escapar los rumores: declaración oficial de guerra, posibilidad de invasión de los territorios discutidos. Unos primeros actos lo confirman: los soldados norteamericanos tienen autorización para atravesar la frontera de Laos «en operaciones de rescate» (de las tripulaciones de helicópteros abatidos por el enemigo). Pero en el contexto del mensaje hay salidas de escape para los enemigos más lejanos, para la URSS y para China. La dureza verbal para con la URSS —la intransigencia del sistema soviético— se refiere a Oriente Medio, donde, según Nixon, existe el verdadero riesgo de enfrentamiento, que no debe existir en Indochina, puesto que si la URSS desea una disminución de la influencia en Asia, no desea el crecimiento de la influencia china. Con respecto a la misma China, por primera vez en la historia de los Estados Unidos un Presidente la denomina con su nombre oficial de «República Popular

China» (y no, como hasta ahora, como «China comunista» o «China continental»), y le ofrece la mejora de relaciones. Los teóricos de la escala consideran que en esta fase de las crisis la situación se puede comparar a una partida de cartas en un juego de envite, con sus «faroles» correspondientes. Podemos seguir leyendo a Herman Kahn: «Durante esta etapa, uno o ambos bandos proclaman, más o menos abierta y explícitamente, que a menos que una disputa quede resuelta en un futuro inmediato, se llegará a peldaños más elevados de la escalera de escalada. Es posible que se formulen amenazas, vagas o explícitas, de que se tomarán medidas extremas antes de avenirse a retroceder. Estas amenazas se harán creíbles mediante diversas insinuaciones acerca de la importancia que el Gobierno otorgue a las cuestiones planteadas. Puede haber escritos periódicos, inspirados por el Gobierno, advirtiendo que el Jefe del Estado considera el asunto desde un punto de vista serio. Puede haber proclamaciones o discursos por parte de figuras importantes, pero ninguno será del tipo de "quemar las naves", ninguno habrá sido compuesto expresamente para hacerles difícil, a estas mismas figuras, retroceder más tarde. Los grupos extremistas pueden urgir a una acción decisiva, e incluso puede haber titulares en los periódicos, pero es probable que la mayoría de la gente no se muestre preocupada. La crisis les parecerá más bien un "juego" que un serio intento de presionar al oponente, aun cuando los "promotores de decisiones" puedan unirse también, más o menos abiertamente, al "juego". No obstante aquellos grupos neutrales, "históricos" o ajenos, pueden preocuparse extraordinariamente. De este modo puede producirse presión sobre un bando o sobre ambos a fin de responder a sus demandas, o bien moderarlas, y, al menos, para hacer que éstas sean meditadas tanto por las Naciones Unidas como por algún otro organismo internacional. De hecho, una de las principales razones de la "comedia" es producir ese tipo de presiones y generar presiones».

ESTA cita tan excesivamente larga de Kahn, de unas palabras escritas en 1965 (he utilizado la versión española de 1967 en «La escalada», Dima Ediciones, Barcelona) para ayudar a comprender la situación, desde el punto de vista de que si bien los adversarios previstos —la URSS, China— no tienen por qué estar dentro de las reglas del juego, y sus «signos» pueden tener un contenido diferente, en cambio el pensamiento político-militar de los Estados Unidos está basado en este sistema estratégico elaborado por Herman Kahn en el Hudson Institute, fuente principalísima para la programación de los computadores del Pentágono. Que este sistema estratégico-electrónico ha fallado sucesivas veces parece bastante claro en el desarrollo de la guerra de Indochina, y muy actualmente en los graves reveses de Laos y Camboya, y en el simple hecho de la prolongación de la guerra más allá de todo lo anunciado y todo lo previsto. Pero tampoco puede dudarse de que sigue siendo la clave de los movimientos de los Estados Unidos en Indochina y en el mundo.

SEGUN estas reglas, nada indica que el Pentágono no pueda creer en un «juego» chino al anunciar que va a apoyar a Laos, y en una «comedia» soviética al emitir signos de que en ese caso intervendría. Nada indica que el Pentágono no tenga razón si considera que esos signos no tendrán continuación en los hechos, pero nada indica tampoco que ocurra lo contrario y que el conflicto se vaya a generalizar, o que en el juego de envites sean los Estados Unidos los que tengan que retirar su puesta. El hecho concreto es que la situación militar en Laos es muy mala, que puede ser peor, y que en vista de ello los Estados Unidos se verán obligados a salir de una vez más de la fase verbal para tomar decisiones, y que estas decisiones, en cualquier sentido, pueden ser muy graves.

«A pesar del terrible apoyo de la aviación de Estados Unidos, las tropas de invasión sudvietnamitas están sufriendo unas pérdidas muy graves».

